



La Tradición Popular

Permanencia del Tzitzimite en la tradición oral guatemalteca del siglo XXI

Aracely Esquivel Vásquez



No. 186

Año 2009-2010

Permanencia del Tzitzimite en la tradición oral guatemalteca del siglo XXI

Aracely Esquivel Vásquez

Introducción

Este ensayo presenta tres casos de la leyenda de El Tzitzimite: el primero de la ciudad de Guatemala, el segundo de la aldea El Pino, Comapa, Jutiapa, y el tercero de Escuintla. Estos últimos corresponden a hija y madre.

Según el historiador Celso Lara (1998, pág. 165) “al personaje de estas leyendas en la ciudad de Guatemala lo conocen por diversos nombres en algunos barrios se le llama Tzipitío, en otros Tzipe, en algunos Sombrerón y en otros se le conoce como Duende. Sin embargo, el más común por el cual los barrios más viejos de la ciudad lo nombran es el de Tzitzimite”. Según Lara, a pesar del cambio de nombre y ciertas variantes del personaje esos cambios no afectan el espíritu global de la leyenda popular.

El prototipo del Tzitzimite es un hombrecito muy pequeño, vestido de negro, con un gran cinturón muy brillante, tiene un sombrero negro grande y unas botas con tacones que hacen ruido.

Afirma la tradición popular que al Tzitzimite le gusta subirse a los caballos y hacerles nudos en la cola y en las crines, que cuesta mucho deshacerlas y los caballos quedan ariscos y no se dejan agarrar. Por otra parte, al Tzitzimite le gusta agrandar, perseguir y molestar a las mujeres de pelo largo y ojos grandes, a las que no deja ni a sol ni sombra, ni un minuto: se les aparece en las noches cuando están dormidas y, después de haberles enredado el pelo, les baila y les canta con su guitarra de plata. También se les aparece a las horas de comida y les echa tierra en el plato y no las deja comer, por eso las mujeres se van adelgazando y se enferman.

De acuerdo con la tradición popular, el Tzitzimite tiene la altura de un dedo de la mano y cabe escondido en la almohada de una cama. Es un espíritu juguetón al que se le asignan varios atributos brillantes y su figura divertida no cambia en esencia con las variaciones de su nombre porque siempre se le descubre haciendo las mismas

“travesuras”. La relación del Tzitzimite es con las mujeres específicamente. No se le encuentra vínculo con los hombres. En el caso de ser correspondido por la amada, la influencia del Duende o Tzitzimite es tan grande que la mujer enferma y hasta puede morir.

Según Lara (1998, pág. 166), “el Tzitzimite es un espíritu doméstico. Se mantiene en las casas de las personas que persigue, y no las deja un momento en paz con sus travesuras. Es un espíritu que sólo en última instancia causa daños. Su oficio es divertirse con el espanto que causa a sus amores y con la persecución asidua de todas las bellas mujeres de quien se prenda”. Al comparar el prototipo del Tzitzimite con las múltiples versiones de la leyenda, se encuentran dos variantes generales en Guatemala. En la primera, la acción del Tzitzimite se desenvuelve en un ambiente rural o semi-rural, entre los caballos a quienes el Tzitzimite asusta con sus travesuras y sus bromas. En la segunda variante aparece el Tzitzimite persiguiendo a las mujeres de las cuales se enamora y por quienes lucha para ser correspondido. De acuerdo al autor citado, el personaje corresponde a “figuras del folklore universal, los seres domésticos especie de fantasmas pequeñitos, que deambulan cometiendo travesuras por todas partes. El origen de estos espíritus según Fernando Nicolay”, citado por Celso Lara, “se remonta a la antigüedad clásica, pero es la Edad Media la que les proporciona toda su consistencia mágica”.

“Según Fernando Nicolay, también existen entre las leyendas suecas otros espíritus que se divierten por las noches ordeñando las vacas o luciendo a los caballos. Estos duendes y espíritus juguetones también aparecen en la mitología del mundo sajón y español, por lo que se puede resumir que la idea de la existencia de espíritus pequeños pasó a algunos países europeos como herencia de la antigüedad clásica y han surgido como creación propia en las regiones ajenas a la corriente latina. El Tzitzimite que aparece en Guatemala es heredado en gran medida de esta tradición europea” (Lara, 1998, pág. 170). En Hispanoamérica, en varios países, se encuentra la leyenda con las mismas características que en Guatemala,

pero en su formación participa en gran medida la tradición indígena de esas regiones. En Guatemala, la concepción general que se tiene del Tzitzimite es sincrética ya que en su creación han participado tanto la tradición indígena como la tradición europea.

El Tzitzimite es una figura importante en la cosmogonía del mundo indígena. Según Lara (1998, pág. 171), los indígenas reconocen con este nombre al “brujo” indígena y Jorge Ruiz Arriola lo menciona como un brujo o agorero entre los aztecas. Pantaleón de Guzmán registra para Guatemala bajo la variante de Tzitzimite uno de los nombres de los dioses cakchiqueles. Entonces, el Tzitzimite está vinculado con la raíz indígena guatemalteca más pura, la de un duende pequeñito que lleva en su mano otro duende más pequeño y así hasta el infinito, por lo que el Tzitzimite es el símbolo de la eternidad de la perpetuación de las cosas y el mundo, por la que el mundo indígena permanece incólume y se perpetúa en la mentalidad popular.

Lara (1998, pág. 172), al analizar las dos corrientes que dan origen al Tzitzimite encontrada en la tradición oral de la ciudad de Guatemala encontró una fusión de la tradición europea que aporta el gnomo travieso que molesta con el Tzitzimite, brujo indígena que aporta no solo su nombre, sino una idea mucho más precisa de la burla del indígena hacia el español. “El nombre de esta variante proviene de una misma raíz que se va transformando de acuerdo con las características propias de las regiones que recrean la leyenda”, en el altiplano occidental de Guatemala en la región maya. “En el área de San José Chocayá, Sololá se le conoce como Tzipitío, en el área de Chimaltenango como Tzipe, y en el área de Quiché, Totonicapán y Quetzaltenango como Tzitzimite”.

El Duende

Este es el nombre con el que se conoce al Tzitzimite en los departamentos del oriente de la república y en los barrios pequeño-burgues de la ciudad de Guatemala y con el que es conocido en su versión hispanoamericana. El Duende conserva su espíritu traído de España de espíritu doméstico, juguetón y molesto que “mortifica a los inquilinos de las casas echándoles tierra o porquerías en las comidas o apagándoles el fuego”, siendo con las muchachas “seductor y enamorado empedernido”.

En el área rural del oriente de Guatemala, según Lara (1998, pág. 175), el Duende se comporta igual que en las versiones de la ciudad de Guatemala, pero además se le encuentra relacionado con los caballos a quienes les hace

nudos en sus crines y buscando en los pueblos y aldeas a las mujeres más bellas de pelo largo y ojos grandes para enamorarlas y molestarlas.

El Sombrerón

Este es el tercer nombre que se le da al Tzitzimite, según Lara (1998, pág. 176) aparece a la hora del crepúsculo arrastrando un patacho de mulas de carbonero, con las cuales recorre las ciudades y los campos. Cuando acierta con la mujer de sus amores, amarra sus mulas al primer poste que encuentra, descuelga una guitarra que lleva al hombro y empieza a cantar y bailar.

Donde más se habla de El Sombrerón es en la región de la ciudad de La Antigua Guatemala y aparece como un personaje con los mismos atributos del Duende pero que desarrolla una gran tristeza cuando no logra la correspondencia en el amor. El Sombrerón aparece también en la región del norte de Guatemala vinculado al agua. También en las versiones del norte del país aparece como un personaje que conduce a sitios donde hay dinero enterrado y hace ricas a las personas que lo ven.

Relatos

Estos relatos corresponden a tres casos de personas de sexo femenino que dicen haber tenido con el Tzitzimite las vivencias que narraron.

El primer relato corresponde a una narradora de la ciudad de Guatemala quien llama al Tzitzimite en su narración como “Juan No”. El segundo relato corresponde a una joven menor de edad que nació en la ciudad de Guatemala pero se trasladó con su madre a vivir a la aldea El Pino, municipio de Comapa, departamento de Jutiapa, donde dice que se le apareció el Tzitzimite, a quien ella nombra como el Tzipitío en su narración. El tercer relato corresponde a la madre de la joven del segundo relato quien nació en la ciudad de Escuintla y relata sus apariciones que tuvo con el Tzitzimite, a quien llama el Duende y que se le apareció con la forma de un conejo.

Primer caso

Datos de la informante

Brenda Fabiola Barillas López, es hija de don Manuel Antonio Barillas Argueta y de doña María Leticia López de Barillas. Nació en la ciudad capital de Guatemala el 21 de septiembre de 1982. Está separada de su esposo

con quien tuvo tres hijos de 10, 7 y 6 años. Estudió hasta obtener el título de Bachiller en Ciencias y Letras.

Narración

Lo que le voy a contar ocurrió cuando yo tenía 8 años de edad y vivía en la zona 5 y en mi actual vivienda aquí en la zona 6. En ese tiempo, tenía mi pelo largo, largo, debajo de las caderas y se me aparecía un hombrecito muy pequeño que me decía que se llamaba Juan No. Él me molestaba mucho en mi casa. Al principio comenzó a tirarme cosas, por ejemplo: cuando yo pasaba, me tiraba cosas del ropero, lo que encontrara: juguetes, ropa, zapatos que mi mamá tenía adentro o encima del ropero. Pero entonces no lo miraba, pero las cosas sí me caían en la cabeza, los pies y sentía dolor y, además, me llamaba por mi nombre: me decía Brenda. Su voz es como agudita como chillante, no es ni de niño ni de persona madura.

Yo empezaba a ver que pasaban sombras por los cuartos pero no le ponía atención. Pero una noche, se me apareció y lo vi. Es como una persona indígena, es simpático no es feo. Tiene corte de pelo normal. Cuando se quita el sombrero se puede ver bien porque cuando tiene el sombrero puesto, solo se le ve de la mitad de la nariz para abajo. Tiene botas muy chiquititas y con espuelas que tienen forma de estrellitas con piquitos pero no son de oro ni plata. A mí nunca se me apareció montado, pero tenía botas con espuelas. Su ropa es toda negra. Usa un gran sombrero y carga una guitarra muy pequeñita, él es más grande que la guitarra. Es como una persona: Tiene carita pequeña, es moreno, tiene ojos, boca, nariz, orejas. Se presenta en varias maneras. Algunas veces cuando me aparecía, me 'privaba' (desmayaba) y cuando despertaba, lo miraba como un zanate, como un pájaro pero no me hablaba. Sentía que el pájaro caminaba hacia mí. Mi mamá y el resto de mi familia no lo miraban, a pesar de que yo les decía que estaba allí parado. Yo nunca lo vi llegar, cuando sentía ya estaba cerca de mí, tocando melodías con su guitarra pero nunca me cantó.

Casi siempre se me aparecía a la media noche cuando ya estaba dormida y me despertaba. Yo me tapaba la cara y él me la destapaba, me bajaba la frazada pero no me hablaba, solo me decía con la cabeza que no, dándome a entender que no me tapara la cara. Yo tenía miedo porque permanecía conmigo tal vez como una hora.

Durante ese tiempo, yo trataba la manera de no escucharlo pero él seguía tocando la guitarra sentado en mi cama y con sus canillitas (piernas) colgando, las meneaba (movía),

como columpiándolas. Yo me corría hacia el rincón de la cama, me tapaba la cabeza hasta con la almohada y él seguía tocando. Cuando ya no escuchaba las melodías, era porque ya se había ido. Era un tormento para mí cuando entraba la noche porque me daba miedo y no me quería dormir.

Mis papás, a pesar de que yo les decía que se me aparecía, no me creían. Hasta que una vez amanecí con el pelo trenzado, entonces, allí fue donde finalmente mi mamá me creyó. Por fin, mis papás aceptaron que era cierto que se me aparecía. Cuando mi mamá me vio el pelo trenzado, le dije: Ya ves, tú no me crees pero es el enanito que se llama Juan No, el que me trenza. Mi mamá pensaba que yo lo inventaba, o que lo soñaba. Esa fue la señal para que mi mamá creyera, al verme las trenzas. Me trenzó todo el pelo, no me dejó ni un pedazo de cabello suelto. Las trenzas eran finitas, finitas, que a mi mamá le dolieron los dedos al desenredarme el pelo. Ese mismo día, me cortaron el pelo hasta los hombros. Después que me cortaron el pelo, dejó de llegar tres días. Cuando pasaron tres días y no volvió a molestarme, pensamos que ya no me iba a molestar pero después volvió a llegar otra vez. Entonces, mi mamá se asustó pero como no creía en eso, fue con mi bisabuelita y ella comenzó a llevarme a la iglesia. El padre (sacerdote), llegó a la casa a echar agua bendita.

Y fue entonces cuando Juan No me habló porque antes sólo me decía mi nombre. Cuando estaba pequeña, me ofrecía juguetes. Pero esa noche, con voz normal, como la de uno, me ofreció dinero y me dijo que me fuera con él y que me iba a dar todo lo que yo quisiera. Me dijo: conmigo no te hará falta nada, ni cariño ni nada. Entonces yo ya tenía 15 años, me dijo que estaba enamorado de mí y que no me iba a dejar hacer vida con nadie y me seguía ofreciendo dinero.

Entonces, Juan No me dijo que me tenía que bañar en un río con flores blancas, amarillas y de todos colores para que mi espíritu se fuera con él. Me pidió que llevara una veladora negra. Cuando tenía 12 años, y se me aparecía, me 'privaba' y hubo veces que me desmayaba. Entonces, ya se me aparecía a cualquier hora. Cuando se me aparecía, perdía el conocimiento, me desmayaba y cuando reaccionaba, no sabía qué había pasado y mi mamá me decía que mis ojos se ponían rojos, rojos y mi mamá tenía miedo cuando me miraba los ojos rojos.

En ese tiempo, mi casa era de techo de lámina y una señora le dijo a mi mamá que tenía que poner una cruz de ocote en todas las puertas para que no pudiera entrar y cuando

se apareció y encontró las cruces de ocote, somataba las láminas y corría de esquina a esquina desesperado para ver cómo podía entrar. La cruz de ocote es una “contra” que le impide la entrada al enanito. Antes de colocar las cruces de ocote, era terrible para mí porque el enanito ya no quería salir de mi casa, solo allí se pasaba y yo lo miraba. Miraba que alguien caminaba y se metía dentro de los cuartos y le decía a mi mamá: ‘¡Mira!, alguien anda por allí’. ‘Yo no miro nada,’ me decía ella. No se me presentaba como se aparecía en la noche con su guitarra sino que se aparecía como una sombra que jugaba y se escondía entre los cuartos.

Unos señores, vecinos de mi casa, le dijeron a mi papá que a él había que maltratarlo para que se huyera de allí, y como teníamos puestas las cruces de ocote, no podía entrar y cuando mi papá escuchaba que pasaba arriba de la lámina empezaba a maltratarlo y en una ocasión que mi papá salió al patio a traer una llave para hacer trabajos de mecánica automotriz, cuando pasó por el árbol que está en el patio, le cayó una piedra en la cabeza y le hizo una herida. Y fue el Juan No, porque, ¿cómo iba a estar una piedra arriba del árbol? Y mi papá bien enojado lo maltrató más fuerte y le dijo: ‘Enano desgraciado, me abrió la cabeza’, y tuvimos que llevarlo al hospital y le pusieron 8 puntos. A mi mamá nunca la agredió.

Cuando estuvieron las cruces de ocote, me dejó de molestar poco a poco. Después supe que a mi cuñada que tiene ojos grandes pero no tiene el pelo largo, la comenzó a molestar y se le presentaba en su casa. En la casa de mi cuñada vivían unos niños y el sobrino de ella se quedó sin hablar; lo dejó mudo después que se le presentó con un montón de pelotas. El niño pasó un mes sin hablar. Y mi cuñada intentó envenenarse sin razón alguna. A ella sí, por poco se la ganaba. Pero la pusieron en oración y está en los caminos de Dios y ya no la molesta. Pero sí nos molestaba mucho a las dos.

Yo hablaba poco con Juan No. Cuando él se aparecía, yo decía muy molesta ‘ya vino el enanito’ no me gustaba que llegara a mi cuarto. Entonces, una vez me dijo que no se llamaba enanito ni Sombrerón y que su nombre era Juan. Pero yo no platicaba mucho con él, era él quien más platicaba conmigo. La mayoría de veces, yo sólo lo escuchaba porque me daba miedo. Yo no me atrevía a hablar con él ni para decirle que me dejara tranquila. Recuerdo que la última vez que llegó a molestarme, yo ya estaba grande y me aconsejaron que cuando llegara a tocar canciones, que le dijera que me cantara tres canciones de María y cuando yo le dije que me cantara tres canciones

de María, sólo volteó la cara y cuando yo lo volteé a ver, ya no estaba.

Pero las cruces de ocote las recogieron y entonces volvió a llegar otra vez, pero ya no se sentaba en mi cama sino que se quedaba en la puerta porque a mí ya me dejaban con la Biblia y con rosarios. Entonces, me aparecía en la calle. Cuando yo iba caminando sentía que alguien me seguía, entonces mi mamá no me mandaba sola a la calle. Juan No era muy celoso, cuando yo jugaba con mis amigos en el patio de la casa, los apedreaba. Mis amigos no lo miraban pero yo sí y miraba cuando les tiraba las piedras.

Mis amigos, me preguntaban que qué era eso que caía de los árboles. Entonces yo les empezaba a contar la historia y se alejaban de mí, me tenían miedo. Cuando yo tenía 16 años, ya era poco lo que me molestaba porque yo ya empezaba a platicar con un muchacho que fue con quien me uní.

Una vez yo venía del colegio Mateo Perrone, que era donde yo estudiaba, tomé el bus que me llevaba a mi casa y un señor de aspecto grande, se sentó a la par mía y era, para mí, un señor totalmente desconocido. Entonces, de repente, comenzó a preguntarme de las calles y cuando íbamos llegando al Cerrito del Carmen, me dijo: ‘Fíjese que yo ya me tengo que bajar, pero quiero hacerle una pregunta’. ‘Qué pregunta es’ le dije. ‘¿Usted conoce a una personita que se llama Juan No?’ Cuando él me dijo así, yo sentí que la piel se me erizó pero me quedé así como pensativa y no le contesté. Me dije a mí misma: ‘¿Será una broma?’ Y me quedé callada y me sonreí.

Lo que más curiosidad me dio fue que el señor me mencionó a mi familia. Me dijo que mi papá se llamaba Manuel, que mi mamá se llamaba Lety y que mis hermanos eran Pablo y Jorge. Entonces, me quedé sorprendida porque yo nunca había visto a ese señor ni siquiera cerca de mi casa. Y le pregunté cómo sabía de mi familia y de mí y me respondió: ‘Aquí en mi oído me lo van diciendo’. ‘¿Quién?’ le pregunté. ‘Juan No’, me dijo. ‘¿Sí se acuerda de ese nombre todavía, verdad?’, me dijo. Yo tenía 15 años y estaba cerca de cumplir los 16.

Este señor, me dijo que yo debía ir a bañarme a un río con las flores y que tenía que llevar una candela negra para que mi alma fuera entregada a Juan No y yo pudiera trabajar con él. Entonces, yo me asusté y me quedé callada pensando qué hacer. El hombre me dijo que aceptara porque Juan No me iba a dar todo, todo, lo que yo quisiera, dinero, lo que yo quisiera sin necesidad de estudiar, sin necesidad

Segundo caso Datos de la informante

Verónica Fabiola Contreras Godínez es hija de don Salomé Contreras Medrano y de doña María Teresa Godínez Ubedo. Nació en la ciudad capital de Guatemala el 18 de julio de 1991. Es soltera y vive con sus padres en la aldea El Pino, Comapa, Jutiapa. Estudió la primaria completa y estudió un curso de panadería que duró dos meses. Actualmente hace bordados de algodón que vende a Q35.00 quetzales a las personas de la comunidad que se los solicitan.

Narración

Una tarde, ya casi entrando la noche, como a las seis de la tarde, me encontraba atrás de la casa cuando vi un hombre pequeño con un gran sombrero vestido de negro con una guitarra. Tenía botas, espuelas brillantes, parecía oro; una cadena gruesa en el cuello que le brillaba mucho. Tiene cara, ojos, nariz, boca, sus manos son chiquitas, los ojos son negros. A veces, cuando se ponía enojado se le ponían como brasa. Es muy pequeñito, tan pequeñito que me cabe parado en la palma de mi mano. Pero a veces se hace grande. El sombrero le cubre toda la cara. Esa vez se me quedaba viendo y me llamaba con la mano, pensé que era un animal pero al acercarme vi que no y tuve miedo, pegué un grito y mi mamá salió a ver qué me pasaba pero no vio nada. Mi papá también salió pero no vio nada. Yo les dije que había un hombrecito allí parado y que me estaba viendo. Al principio, cuando se me aparecía yo siempre gritaba. Se me aparecía en la pila, atrás de la cocina cuando yo estaba barriendo. Se me aparecía a toda hora, en pleno día y en la noche también.

Cuando yo gritaba, mi mamá salía a ver porque se asustaba con mis gritos pero ella no miraba nada. Yo le decía: 'Allí va, allí va, mire mama', pero ella nunca lo vio. Algunas veces me hablaba pero a veces no le entendía. Cuando me hablaba y le podía entender, me decía que le recibiera dinero porque él me quería dar dinero o si no le recibía el dinero que le firmara un papelito, me acuerdo puro bien de eso. Entonces yo no le recibí el dinero ni le firmé el papelito y entonces se ponía enojado y se iba, pero al rato regresaba.

Cuando regresaba, me decía que no tuviera miedo que lo hacía únicamente para cuidarme y que no todas las

de trabajar. Me decía que todo lo iba a tener. Me dijo que Juan No iba sentado a la par de él y era él quien le estaba diciendo que me dijera esas cosas. Pero yo no lo vi, como sucedía en otras ocasiones. El señor se bajó en el Cerrito del Carmen, y yo continué en el bus porque me hacían falta como 20 cuadras para llegar. Esa fue la última vez que supe de Juan No, cuando me habló a través del señor en el bus.

Yo me asusté bastante y cuando llegué a mi casa, le dije a mi mamá lo que me había pasado y me dijo que Juan No no se me acercó porque yo iba protegida. Yo llevaba puesto el cordón de San Francisco y mi rosario, por eso no lo pude ver.

Yo tenía mucho miedo que me fuera a pasar algo malo en la calle. Conozco la historia de una muchacha a quien ahorcó con su pelo. Porque dicen que es celoso. A mí me aconsejaron que tuviera cuidado porque me podía empujar para un carro o yo podría entrar en una desesperación para quitarme la vida yo misma y entonces así, sí me ganaba. Yo tenía pena cuando andaba en la calle. Me encomendaba a Dios y rezaba el Ave María, porque cosas de Dios no puede escuchar el Juan No.

A veces se enojaba porque mis papás no lo dejaban entrar y yo, sin saber por qué, le contestaba mal a mi mamá y eso provocaba que mi papá me pegara y en lugar de ponerme a llorar, yo lo miraba con cara de odio y me reía de él. Mi mamá me cuenta que yo hacía una cara de odio. Era Juan No el que me manipulaba porque a veces me volvía muy rebelde y cuando me regañaban, me daba risa. Yo creo que Juan No ya me estaba dominando. Yo siempre fui obediente y, como soy la única mujer en la familia, mis papás me protegían pero no sé por qué peleaba mucho con ellos, sin voluntad. Y cuando mi mamá me regañaba, me daba por llorar y me 'privaba' y mi mamá me 'volvía' (reanimaba) con alcohol. Cuando volvía en sí, no me acordaba qué había pasado.

El padre Chemita (José María Ruiz Furlán), llegó a mi casa a bendecirla, eso fue en la zona 5. Vivimos mucho tiempo allí y mi mamá iba a la misa de la iglesia del padre Chemita. El padre le dijo a mi mamá que gracias a Dios, estuvo a tiempo en contarle para que bendijera la casa, porque si hubiera esperado un poco más, me hubiera ganado. Y como mi papá va a la iglesia carismática y ora mucho, ya no me volvió a molestar.

personas tenían la posibilidad de verlo, pero que él me quería y por eso me quería dar dinero. Al principio, cuando comenzó a presentarse, yo le tenía miedo y gritaba, pero después ya no le tenía miedo. En ese tiempo yo tenía 13 años y recuerdo que la primera vez que se me apareció eran como las seis de la tarde cuando yo estaba atrás de la casa pero adentro de la cocina. Y estaba vestido de negro porque también se viste de color azul oscuro, pero más de negro. Entonces, cuando yo volteé a ver, lo vi y me llamaba con la mano. No me mencionó mi nombre. Yo me le quedé viendo pero pensé que era un animal pero, cuando me acerqué, vi que no era animal sino que el hombrecito pequeño y allí fue cuando pegué el grito. Me recuerdo que mi papá me dijo que yo estaba loca porque él no miraba nada. Y el hombrecito, seguía allí parado y me hacía unas miradas bien diferentes.

Después de esa primera aparición, volvió a aparecer como a los siete días y esa vez, yo iba para la calle y me salió aquí en el camino de la casa que llega a la carretera, yo iba sola. Entonces me dijo que si había pensado lo que me había dicho de recibirle dinero y firmarle un papelito. Entonces yo le dije que no, y volvió a gritar. Esa vez me preguntó por mis hermanas. Me preguntó que cuantas tenía y yo le dije que cuatro. Me preguntó si mi mamá estaba en la casa y le dije que sí y me dijo que no le fuera a contar nada de esto a mi mamá porque, si no, él se iba a enojar. Después se fue y desapareció y yo regresé a la casa, me acosté y me puse a llorar y le dije a mi mamá que se me había vuelto a aparecer.

Mi mamá me regañaba, según ella, para darme valor y me decía: otra vez que le salga pregúntele qué es lo que quiere y que me dejara de estar molestando porque dicen que ellos, (los Tzipitíos), se enamoran de las patojas. Entonces mi mamá me dijo que le dijera que me fuera a traer agua en canastos o en redes para que ya no me molestara más, porque, según mi mamá, dicen que cuando uno los manda a traer agua en canasto o en redes, ya no molesta más. Pero después ya no le tuve miedo.

Una vez fuimos a traer leña, mi mamá, mi prima Vera y yo, eran como las nueve de la mañana. Entonces mi mamá estaba un poco alejada de nosotras recogiendo leña cuando vi al hombrecito y me dijo que si no hacía lo que él decía, iba a empujar a mi mejor amiga al barranco. Me dijo que él quería que yo empujara a la Vera al barranco y como no le hice caso, él la agarró por atrás y la iba a empujar a la Vera al barranco. Entonces, yo pegué un gran grito: 'Mamaaaa!' Entonces mi mamá corrió para donde estábamos y me encontró llorando y me dijo: '¿Qué tenés?', ella pensó

que tal vez una culebra me había 'picado' pero yo le dije: 'Mire, ese hombre va a tirar a la Vera en el barranco'. Mi mamá dice que sintió un calor que le entró en el cuerpo como cólera y agarró el machete y aunque no lo podía ver, como yo le decía que allí iba entre el monte, mi mamá lo persiguió por el ruido que hacía donde iba caminando entre las hojas secas. Yo si lo miraba pero mi mamá no.

Entonces mi mamá le decía: '¡Salí de allí! ¡Dame la cara! ¿Qué es lo que querés con mi hija?' Pero no le respondió a mi mamá y desapareció. Si yo no volteo a ver, no me doy cuenta que el hombrecito la iba a tirar al barranco (a Vera). Cuando yo grité, dice la Vera que ella sintió la presencia de algo y corrió para donde yo estaba y por eso ya no la tiró al barranco. Si no, se la hubiera ganado.

Ese hombrecito no es feo, a veces se pone guapo, cuando ya no le tenía miedo, le dije que si me tenía confianza que me diera la cara y que se quitara el sombrero. Entonces me dijo que si yo no iba a revelar el secreto, que estaba bueno, y se lo quitó. Pero cuando se lo quitó, me asusté porque la cara no es así como de persona sino como la forma de un animal. Es como cara de ratón cachetoncito, es diferente. Pero después ya no le tuve miedo. Esa vez que lo vi guapo me gustaba un poco, era como persona. Como él se puede aparecer en diferentes maneras. Pero su mera figura es así como ratón cachetoncito por eso se cubre con el gran sombrero. Cuando me ofrecía dinero, aparecía con una maleta llena de dinero y me decía que lo recibiera para que comprara todo lo que yo quisiera y me decía que me iba a dar otras enseñanzas pero no me dijo claramente qué enseñanzas porque cuando hablaba bastante conmigo, como que había alguien que lo jalaba y desaparecía. A mi se me apareció como unas 20 veces. Mi mamá me hizo una contra (una protección espiritual) de una cadena de cruz, pero como a mí no me gusta usar cadenas, me la quité. Una vez, estaba lavando ropa en la pila y se me apareció sobre el cepillo de lavar la ropa y se puso a bailar y como yo ya no le tenía miedo me dio risa y no le hice caso, esa vez no me habló, solo bailó. Después desapareció y, en la madera del cepillo, quedaron los rasguños de las botas. Esa vez mi mamá no estaba, andaba en Jutiapa y cuando regresó, le conté a mi mamá y le dije que había bailado en el cepillo pero mi mamá no me creyó y pensó que tal vez un pollo se había subido y por eso estaba aruñado, pero no, fue el Tzipitío el que bailó.

Una vez le pregunté si podía tocar su guitarra y me dijo que estaba bien pero me dijo que tuviera cuidado y cuando me la dio y le tuve en mi mano, me quemó la mano. Sentí un gran calor. La guitarra es chiquitita, chiquitita.

Cuando yo sentí que me quemó la mano, se la devolví inmediatamente.

Hace dos años, me ofrecieron un trabajo en una casa particular en la ciudad capital y mi mamá me dejó ir, pensando que tal vez en ese lugar no me iba a molestar. Pero también me persiguió. Me aparecía cuando yo estaba haciendo la limpieza, cuando estaba acostada, cuando estaba regando el jardín. Se enojó mucho cuando yo me fui a trabajar a la capital. Me dijo que me iba a hacer cosas que después me iba a arrepentir. Algunas veces estaba yo sola en la casa y, otras veces, estaban las muchachas (las hijas menores de la señora de la casa), pero como ellas no lo miraban, yo no les decía nada. Una vez, entró a la cocina, yo estaba limpiando y me dijo que por qué mi novio no me había dado un anillo y le contesté porque yo no quería aceptar nada. Entonces me dijo que él me iba a dar uno y me lo enseñó. Recuerdo que tenía una piedra roja y me pedía que lo aceptara que no era ningún compromiso y que me lo regalaba porque yo le caía bien y le dije que no. Otra vez, estaba haciendo la limpieza en el cuarto del señor en el segundo nivel y cuando vi para abajo por la ventana, allí estaba en el jardín. Estaba en medio y me llamaba pero no bajé. Esa vez me llamó por mi nombre, me dijo: 'Fabiola vení.'

En esa casa, me levantaba a la una de mañana a hacer el oficio porque él no me dejaba dormir, me molestaba y me despertaba con sus silbidos. Silba bonito y se paraba enfrente de la cama pero no me tocaba. Otra vez, estaba sentado en el carro del señor con las piernitas colgando y las movía para adelante y para atrás, como meciéndolas. Estaba contento porque me miraba de forma diferente como sonriente y tierna y me decía que me estaba haciendo compañía. Me tocaba canciones con la guitarra pero yo no las entendía. Nunca se me apareció montado en mula, no se cómo es que tenía botas con espuelas.

Yo, seguido llamaba a mi mamá para contarle que el Tzipitío me estaba llegando a molestar porque hasta el hambre y el sueño se me quitaron. Seguido llamaba yo a mi mamá llorando y le decía: 'Mamá, fíjese que no me deja en paz el Tzipitío'. Entonces mi mamá me decía que le contara a mi patrona y entonces yo le decía a mi mamá que mejor me quería regresar porque el Tzipitío me dijo que me regresara, porque si seguía en esa casa, me iba a aventar de las escaleras. Entonces mi mamá me dijo que mejor me viniera. Y como en la capital yo dormía sola en mi cuarto, él se presentaba y se sentaba en la cama con las piernas colgando. En cambio aquí en la casa, yo dormía con dos de mis hermanas para que no me molestara. Pero siempre

llegaba y se quedaba parado al lado de la cama donde estábamos durmiendo, cerca del ropero y yo lo miraba por el espejo, y juntaba sus dos manitas y se las ponía a un lado de la cara haciéndome señal que me durmiera. Al principio no me podía dormir y lo miraba pero al final yo me dormía y cuando despertaba, ya no estaba.

Yo le conté a la señora de la casa pero no me creyó y por fin me regresé y cuando llegué aquí de nuevo, me salió dos veces más. Una vez estaba yo en la casa de tío Santos y me dijo que ahora sí estaba contento porque no le gustaba que estuviera en la capital. Y la otra vez andaba allá abajo (en el solar de la casa), con la Reina (su hermana) y me salió la última vez pero no me dijo nada sólo se me quedaba viendo con una mirada triste y lloró. Cuando lloraba, no le salían lágrimas sino que eran como piedritas las que echaba del ojo. Esa vez lloró porque le dije que ya no le iba a hacer caso y que lo iba a ignorar, lloró y se fue. Después mi mamá me cortó el pelo porque lo tenía abajo de la cintura y ya no se me ha vuelto a aparecer. Pero mi papá dice que una noche lo escuchó silbar allí en la pila, silbó tres veces.

Una vez recuerdo que me dijo su nombre pero se me olvidó. Porque me dijo que si él desaparecía de mi vida, que se me iban a borrar varias cosas y el nombre sí se me olvidó pero aquí, la gente le dice Duende y Tzipitío. Algunas veces me amenazó, me decía que si yo me acompañaba (si se unía o casaba), que siempre iba a estar allí. Me decía muchas cosas. Por ejemplo, me decía que le gustaba mi forma de ser y que por eso me había seguido, pero como lo ignoré, ya no me ha vuelto a salir.

Tercer caso Datos de la informante

María Teresa Godínez Udedo es hija de don Juan Godínez, ya fallecido, y de doña Bonifacia Ubedo, fallecida. Tuvo una mamá de crianza, de nombre María Teresa Abad. Nació en la cabecera departamental de Escuintla el 7 de mayo de 1961. Está unida con don Salomé Contreras Medrano. Tiene cinco hijas de 17, 15, 13, 11 y 9 años. No sabe leer ni escribir. Actualmente se dedica a las labores del campo y a los oficios domésticos.

Narración

Cuando yo era patoja, también me salía pero a mí no me salía así como le salía a la Fabiola sino que a mí me perseguía un conejo blanco cuando vivía en Escuintla. A mí no me hablaba sólo me salía. Pero después, unas

señoras le dijeron a mi mamá que era por mi pelo, que me salía el conejo. Yo tenía el pelo largo y mi mamá me hacía trenzas todas las noches y me las amarraba con tusitas porque dicen que es secreto para que crezca más.

Pues al otro día, ya no tenía las trenzas sino que todo el pelo enredado, me destartaba el pelo y mi mamá se enojaba conmigo porque le costaba desenredarme el pelo y me regañaba porque pensaba que yo era la que me deshacía las trenzas pero yo no sentía. Todos los días era la misma historia, bien estuve como unos cuatro meses con ese problema. Yo tenía 13 años cuando me salió por primera vez, la edad de la Fabiola.

El conejo me salía en mi cuarto. Pues yo de primero no le tenía miedo. Miraba el conejito y me 'desbarrancaba' de la cama para agarrarlo pero no lo podía agarrar, no se dejaba. Una vez donde me dio miedo fue donde desapareció a través del block de la pared de la casa, ese día sí me dio miedo porque se atravesó el block. El conejo era blanco, blanco pero los ojos daban miedo, eran rojos. El conejo era lindo, chiquitito y por eso lo quería agarrar pero ya donde vi que desapareció en la pared, le grité a mi mamá y al otro día me llevó con una señora que decían que era bruja y le dijo que me cortara el pelo.

A mi nunca me dijo nada ni me cantó canciones, ni se me apareció como persona, ni me tiraba piedras ni tierra ni nada, pero de seguro que ese animal era porque me enredaba el pelo. Pero a mi no me daba miedo el conejo porque lo quería agarrar y meterlo en las chamarras (sábanas), conmigo. Todos los días se me aparecía como a las nueve de la noche. Durante el día no se me aparecía. Yo le tuve miedo hasta cuando vi que desapareció en el block, que fue cuando le grité a mi mamá. Pero esta señora no era mi verdadera mamá. Mi vida ha sido triste. Yo quedé huérfana cuando tenía tres meses de edad y una señora dueña de la finca donde mi papá era administrador, me recogió y allí me crié. Yo crecí en el mero pueblo de Escuintla. La señora era dueña de fincas de caña y ganado y mi papá era administrador de una finca y cuando mi mamá murió, esa señora me crió. Creo que mi mamá murió de parto porque yo era la primera hija. A la edad de nueve años supe que la señora con quien vivía no era mi mamá, con razón me trataba tan mal. Una vez llegó una señora a trabajar de cocinera a la casa y había conocido a mi mamá. Entonces, una vez que vio cómo me trataba de mal la señora, me dijo que ella no era mi mamá.

Entonces, agarré cólera y hablé con la señora y le dije que

quería saber la verdad y me dijo que sí era cierto, que ella no era mi mamá pero que ella me había criado y era como mi mamá. Después de saber que la señora no era mi mamá, ya no me sentí bien. Me sentía mal y entonces tomé la decisión de salir de la casa sin decir nada y me fui solita para la capital. Tomé la camioneta y me dije: 'Yo voy a bajar hasta donde llegue la camioneta' y cabal, llegué a la Terminal (de buses) y dijo el ayudante: 'Servidos los de Guate'. Bajé, pero antes no era la Terminal así como es ahora, la verdadera Terminal fue la que se quemó hace cuantos años. 'Dios mío', dije yo. '¿Qué hago? Pero, ¿qué hago?' Pero como Dios nunca lo abandona a uno, entré a la Terminal y vi aquel gentío, aquel carrerío y vi a una señora de corte que estaba sirviendo comida en un comedor, estaba llenísimo. Esperé que terminara de comer la gente y, al quedarse sola, entré y le dije: 'Señora, disculpe, ¿usted no necesita una muchacha para trabajar?' 'Bien, y ¿dónde está la muchacha?' 'Soy yo'. Entonces la señora me dijo que yo era una niña y me preguntó por qué estaba allí. Le conté mi historia y ella me llevó a su casa en la zona 8, me dio comida, donde dormir y me enseñó a trabajar. Estuve ocho días en su casa, después ya me llevó al comedor y comencé a lavar trastos, a hacer mandados y comencé a fijarme cómo hacía el oficio y aprendí todo. Esa señora sí me quería, me compró mi delantal y estaba bien contenta conmigo.

Después la señora se enfermó y dejó de atender el comedor, lo vendió y, entonces, yo ya tenía 14 años y como ya podía hacer de todo, puse mi comedor y me fue bien en el negocio. Así fue como conocí a mi esposo porque él vendía fruta allí en la Terminal y yo le compraba la fruta que luego revendía en mi puesto.

Después, el señor que me vendía la fruta, Salomé Contreras Medrano, comenzó a enamorarme y nos juntamos. Cuando quedé embarazada, dejé de vender en el comedor y me dediqué a los oficios de la casa, entonces vivía yo en la colonia El Milagro. En la capital nacieron Verónica Fabiola, Flor de María, María Teresa y Reina Isabel. Después nos venimos a vivir a este lugar (El Pino), porque mi esposo es de aquí, y aquí nació Ana Patricia. Mi esposo continuó trabajando en la Terminal con la venta de la fruta y a eso se dedica actualmente. Como a mí me gusta el negocio, durante un tiempo hice comida y vendía todas las tardes, aquí enfrente de mi casa. Pero después tuve competencia y ya no vendía mucho y mejor quité la venta y ahora me dedico a planchar, lavar, hacer tortillas y algún otro oficio que me soliciten.

Interpretación

Los tres casos presentados de literatura oral popular sobre el Tzitzimite demuestran la permanencia que tiene esta leyenda en la cultura popular tradicional de Guatemala. Cubren una etapa cronológica que abarca de la década de 1970 a la actual, lo que indica que dicha leyenda permanece vigente en la tradición guatemalteca y ha penetrado en el siglo XXI a pesar de los procesos de globalización de la economía y la cultura en general, que tienden a crear mercados de consumo, tanto económicos como culturales transnacionalizados y desnacionalizados donde se pierden los valores culturales propios que identifican a los grupos sociales que se integran al proceso de globalización y son sustituidos por valores y preferencias culturales homogéneas y consumistas.

Se puede observar que, en los tres casos, la estructura de los relatos no tiene mucha variación. Es un personaje pequeño con las mismas características principales, travieso y que hace trenzas en el pelo a las mujeres. Esto ocurre aún en la última versión que es la de la mujer de mayor edad y el personaje se representa como un conejo juguetero.

Estas narraciones de portadoras de la literatura popular oral guatemalteca pertenecen a la narrativa del pueblo mestizo y cubren la tradición de las clases populares de los viejos barrios de la ciudad de Guatemala, como ocurre en el primer relato que es el más cercano a la estructura tradicional

de la narración. El segundo relato pertenece también a la narrativa popular tradicional del pueblo mestizo y no tiene mayores variaciones de fondo. La única narración que tiene variación en cuanto al personaje es la tercera, donde el Tzitzimite toma la forma de un conejo blanco, no obstante de ser la narración más antigua. Cuenta con las mismas características del prototipo como son: un ser juguetero, hacer nudos en las trenzas a las mujeres, hacer trenzas a las crines de los caballos y tocar guitarra.

Recapitulando, se puede concluir que la tradición mestiza del Tzitzimite, sin importar cómo se le llame, sigue vigente aún en pleno siglo XXI entre los habitantes de los viejos barrios de la ciudad de Guatemala y en los habitantes de áreas mestizas del oriente guatemalteco y también se han reportado en los otros pueblos que habitan este país.

Bibliografía

Lara Figueroa Celso A.: Leyendas y tradiciones orales en la ciudad de Guatemala. La leyenda popular: un problema teórico Primera parte. Tradiciones de Guatemala No. 50, 1998, págs. 133 a 143.

Lara Figueroa Celso A.: Leyendas animísticas clásicas de la ciudad de Guatemala. Segunda parte. Tradiciones de Guatemala No. 50, 1998, págs. 145 a 190.

Fotografía de Kandy Carolina Muñoz Guerra.



Rostro de Brenda Fabiola Barillas López, con sus expresivos ojos que deleitan al Tzitzimite.



Brenda Fabiola Barillas cuenta a la investigadora sus vivencias con el Tzitzimite.



La tradición oral continúa vigente en las narraciones de Brenda Fabiola Barillas.



Brenda Fabiola se muestra tranquila porque el Tzitzimite dejó de molestarla, hace muchos años.

La investigación de la tradición oral en Yucatán se realiza en el Centro de Estudios Folkloricos de la Universidad de Yucatán.



La investigadora Aracely Esquivel Vásquez muestra un boletín de la Tradición Popular a doña María Teresa Godínez.



María Teresa Godínez y Verónica Fabiola Contreras observan una publicación de la Tradición Popular que les muestra la investigadora.

Permanencia del Tzitzimite en la tradición otral guatemalteca del siglo XXI



La investigadora conversa con la informante, Verónica Fabiola, en el solar de la casa. Al fondo, la madre de Fabiola, prepara la comida.



Verónica Fabiola en compañía de su madre, doña María Teresa Godínez, cuentan sus vivencias con el Tzipitío.



La investigadora entrevista a las informantes en su casa de habitación en la aldea El Pino, Comapa, Jutiapa.



Continuación de la entrevista sobre las apariciones del Tzipitío.

Permanencia del Tzitzimite en la tradición ottral guatemalteca del siglo XXI



Verónica Fabiola Contreras Godínez a los 17 años de edad.

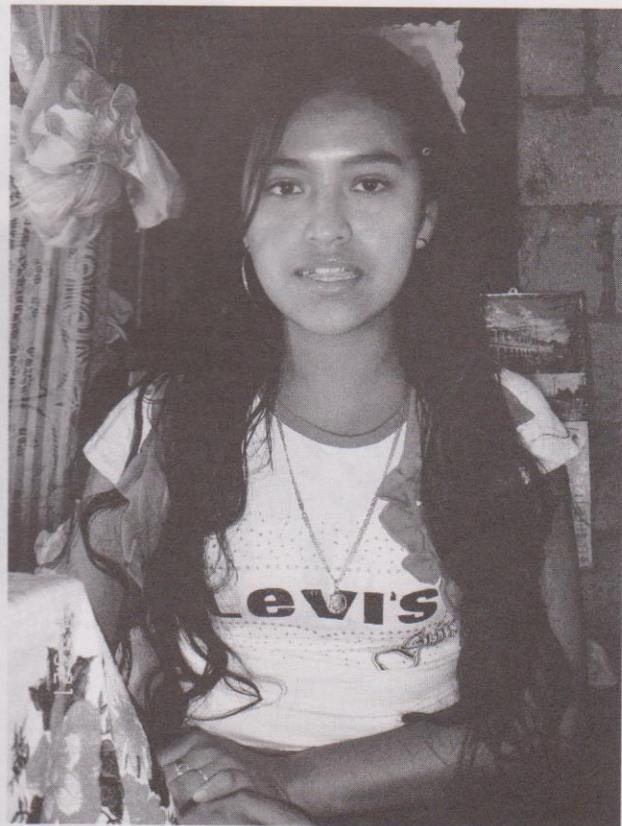
La investigadora conversa con la Tzitzimite, Verónica Fabiola, en un momento de la casa. Al fondo, la madre de Fabiola, prepara la comida.



La joven Verónica Fabiola tiene los ojos y rostro que encantan al Tzitzimite



Verónica Fabiola muestra su larga cabellera, rasgo que también prenda al Tzitzimite.



Verónica Fabiola cuenta su historia.

La edición en versión de impresión es
 de 2010. Copia de 2010
 y se imprimen en papel bond 50 gramos.



Verónica Fabiola y Aracely Esquivel caminan hacia la aldea Santa Clara, en busca de otra persona a quien se le ha aparecido el Tzitzimite.



Aracely Esquivel Vásquez, Verónica Fabiola y la hermana de Fabiola, Flor de María, en la calle que conduce a la aldea Santa Clara, Comapa, Jutiapa.



En su casa de habitación, Verónica Fabiola se muestra pensativa después de haber narrado sus experiencias con las apariciones del Tzipitío.



Centro de Estudios



Folklóricos

Avenida La Reforma
0-09, zona 10 Tel/fax/
2331-9171 y 2361-9260

Director

Celso A. Lara Figueroa

Asistente de la dirección

Arturo Matas Oria

Investigadores titulares

Celso A. Lara Figueroa

Alfonso Arrivillaga Cortés

Aracely Esquivel Vásquez

Artemis Torres Valenzuela

Investigador musicólogo

Enrique Anleu Díaz

Investigadores interinos

Anibal Dionisio Chajón Flores

Matthias Stöckli

Fernando Urquizú

Delegado de medios audiovisuales

Guillermo A. Vásquez González

Corrector de pruebas

Guillermo A. Vásquez González

Centro de Documentación

María Eugenia Valdez Gutiérrez

Diagramación de interiores y montaje de cubiertas

Mariela Urbina

Fotografía de portada

Guillermo A. Vásquez González

Fotografías de interiores

Kandy Carolina Muñoz Guerra